

EN SUELO AZTECA

Por Leonardo Zubillaga

Del libro “30 años, 30 historias”, 2013

Sobre el autor

Hizo de la lectura y la escritura su propia voz. La vida lo llevó a vivir un año en Holanda, por un intercambio estudiantil, y la necesidad de tener “alguien con quien hablar en mi propio idioma” le dio la idea de llevar un diario. Así comenzó el romance con la escritura, que volvió a reunirlo con antiguos manuscritos de su abuelo y le hizo comprender que llevaba las letras en la sangre. Hijo menor de familia santaluceña, comparte horas con Julio Cortázar, uno de sus escritores favoritos.

Historia

1986. Más de 100 mil personas se reúnen en un lugar particular de Méjico. Como acostumbraban en las ceremonias a Quetzalcóatl, la multitud está extasiada. Observan como veintidós guerreros intentan demostrar que son los mejores el mundo. El ejército gaucho choca con el de la rosa. Los ojos enormes, negros y brillantes de las cámaras intentan captar todo. Se lo cuentan a la antena que como chasquis esparcen la noticia. Cada radio y televisor interpreta el partido a su manera.

En casa, los grandes guerreros son como una falange de alto. El arcoíris del Estadio Azteca nos llega difuso pero aceptable desde una pequeña pantalla. La voz de la realidad, tal cual es, se llama Víctor Hugo.

La familia se aprieta en el comedor. Todos con los ojos fijos en esa hoguera de fútbol. El mate pasa de mano en mano y los chistes se cuentan entre latidos. Papá está con su camiseta del 78', esa que ve la luz solamente en los partidos oficiales. Esa que no conoce la

palabra “lavado”. Lleva 4 semitas y contando, los nervios le despiertan la mandíbula.

Oíd mortales el grito sagrado. Nuestros gladiadores abrazados, mano en el corazón, cantan su canción favorita. Los cuartos de final comienzan.

Mamá me sirve un mate. Disfruten de los amargos de la vieja que son los más dulces de la vida, nos repite el abuelo. Supongo que tiene razón, el diablo no siempre sabe por diablo.

El primer tiempo nos golpea en el pecho. Molesto, nos obliga a agarrarnos la cabeza y gritar “uuhh!!” en más de una ocasión. Pasa rápido, sin pena ni gloria, y termina justo cuando empieza el entretiempo.

- Con estos nervios me van a salir canas verdes – dice papá.
- En el pecho te van a salir porque ya estás peladísimo – contesta mi tía.

Todos reímos y nos volcamos en nuestras actividades individuales. El abuelo lee, Papá come. Terminado el primer tiempo la vida se reanuda (o se interrumpe) hasta la próxima mitad. La gente aprovecha para ir al baño o salir a fumar. Está prohibido fumar adentro, mamá dice que después se van todos y queda la casa con olor a inquisición.

El tío se queda mirando a la nada. Él vive otro partido. Hace 4 años que lo juega. Todos dicen que lo lleva bien, que es fuerte. Pero en la cara siempre están las ojeras. Vive cansado, como si estuviese cansado de vivir. Así es la guerra, dice Papá. El tío lleva las islas a cuestas. Hoy se lo nota consumido, combatiente. Algunos no volvieron más, pero me gustaría saber cuánto de mi tío quedó en aquellas trincheras.

Suena el silbato, empieza el segundo tiempo. Otra vez la familia apretada contra la pantalla. Sufriendo juntos. 6 minutos después de iniciado el juego: pim, pum, pam. El pelusa se la pasa a Valdano, Hodge rechaza. La pelota va a caer dentro del área inglesa. Peter Shilton, arquero inglés, 186 cm, salta en busca del balón. Diego Maradona, enganche de villa fiorito, 160 cm, vuela hacia el mismo objetivo. Choque, confusión. Finalmente la pelota descansa, agotada de tanto ir y venir, en la red inglesa.

Diego festeja. Los defensores protestan. El juez de línea corre a la mitad de la cancha. Gol, gol, gol, señoras y señores. Los gauchos superan por un tanto a los de la rosa. En casa se grita. Un país entero se abraza más fuerte de lo que se creía capaz. Radicales y peronistas se sienten hermanos. El aroma a césped mejicano inunda los bares y cafés.

El conjunto inglés reanuda el encuentro. La pava silba en la cocina. Una alegría contenida comparte espacio en la familia. Papá va por la sexta semita. Mi prima Martina llora desde el patio. No vio un pozo y se cayó. No pasa nada Marti, dice la tía. Mirá, vamos ganando, que lindo. Dale, te preparo una leche y volvés a jugar afuera.

Van 55' cuando se la pasan a Maradona. La táctica queda destrozada. El 10 toma a su novia, sacándola a pasear. La pelota enamorada se entrega sólo a las suelas de terciopelo. El tango más veloz del siglo se baila en una sobredosis de talento. "Arranca por la derecha el genio de fútbol mundial. Genio, genio, genio, ta, ta, ta. Gooooool".

6 jugadores contrarios convertidos en estatuas de cemento han sido testigos privilegiados del arte hecho deporte. "En la corrida memorable, en la jugada de todos los tiempos. Barrilete cósmico. ¿De qué planeta viniste para dejar en camino a tanto inglés?" Caricias, besos y abrazos. Un país redescubre el viejo concepto griego de que el deporte es paz y vida. Otro vuelo de palomas blancas hacia el sudeste.

El león Tudor no se rinde y en un parpadeo descuenta. Ruge nuevamente antes del final, pero no muerde. Suena el silbato. 2 a 1 gana Argentina en suelo Latinoamericano. Mi tío llora. No quiere ser consolado. Hace 3 años que se respira otro aire, pero es la primera vez que él siente la libertad nuevamente. Con 22 años nace otra vez, en la felicidad que da la familia. En la reunión de muchas personas. En la pluralidad de voces dispuestas a hacerse escuchar nuevamente.